



SABRINA FEERIES

LORD
PROHIBIDO

TERCIOPELO BOLSILLO

Lord Prohibido



Lord Prohibido

Sabrina Jeffries

Traducción de Iolanda Rabascall



TERCIOPELO

Título original: *The Forbidden Lord*
Copyright © 1999 by Deborah Martin Gonzales

Primera edición: octubre de 2008

© de la traducción: Iolanda Rabascall
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Puresa, S.A.
Girona, 206
08203 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-96575-92-9
Depósito legal: B. 30.900-2008

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Jordan destapó la escultura, observando su reacción con expectación...

El cuerpo del hombre estaba esculpido de forma sublime, con cada músculo y cada costilla cincelados con una perfección admirable y, salvo por una capa, la figura se exhibía desnuda de la cabeza a los pies; no había forma de ignorar ese hecho. Si, tal y como pensaba, ella era Emily Fairchild, su reacción sería ostensible.

Y ciertamente lo fue: ella abrió la boca y sus ojos se agrandaron al tiempo que el rubor se extendía por sus mejillas, lo cual llenó a Jordan de una enorme satisfacción. Era Emily, ¡tenía que serlo!

Tras un momento de silencio ante la súbita emoción inicial, ella acertó a decir en un susurro:

—Cielos, es magnífico.

«¿Magnífico?» Jordan se contuvo para no soltar una estentórea carcajada.

—¿No estás escandalizada?

Ella se encogió de hombros.

—¿Y por qué habría de estarlo? Soy escocesa, y en mi país los hombres no llevan nada debajo del *kilt*, ya sabe, la típica falda distintiva de los clanes escoceses. —A continuación se dedicó a observar la estatua con patente atención, y Jordan sintió unos celos incontrolables—. Este hombre está muy bien hecho.

«¿Muy bien hecho?» ¿Se refería a que estaba bien dotado? ¡Por todos los demonios! ¡Maldita fémina!

A mis maravillosas compañeras escritoras de la asociación Heart of Carolina Romance Writers, y, especialmente, a Judy, Judith y Theresa por su crítica literaria de esta obra. Muchísimas gracias a todas por vuestra cálida acogida.

Capítulo uno

De acuerdo, los niños deberían ser inocentes; pero cuando el epíteto se aplica a hombres o mujeres, se convierte en una forma educada de decir debilidad.

Vindicación de los derechos de las mujeres,
MARY WOLLSTONECRAFT,
escritora feminista inglesa

Derbyshire, Inglaterra, marzo de 1819

«**E**star aquí es como jugar al escondite en un circo», pensó Emily Fairchild mientras escudriñaba la sala de baile en la casa solariega que la marquesa de Dryden poseía en el condado de Derby. El salón estaba abarrotado de gente; cientos de invitados —al menos cuatrocientos— la mayoría con las caras ocultas detrás de antifaces, y ataviados con unos exóticos disfraces, indiscutiblemente carísimos, que distaban mucho de los trajes que Emily podía costearse.

Pero entre ellos no se encontraba lady Sophie, su preciada amiga. ¿Dónde se había metido? Emily no podía abandonar el baile sin antes encontrarla; Sophie se sentiría absolutamente defraudada si no obtenía el elixir que Emily había preparado especialmente para ella.

—¿La ves, Lawrence? —preguntó Emily a su primo alzando la voz para que éste pudiera oírla por encima de las notas de la magnífica orquesta—. Eres lo suficientemente alto como para verla.

Lawrence frunció el ceño e irguió más la cabeza.

—Ya la veo, está allí, enzarzada en esa actividad absurda y carente de todo sentido que ella define como entretenida.

En otras palabras, Sophie estaba bailando. Una sonrisa instantánea se perfiló en los labios de Emily. Pobre Lawrence. Había recorrido un largo camino desde Londres para visitarlos a ella y a su padre en Willow Crossing por primera vez en muchos años y, a cambio, su padre lo había obligado a escoltarla a un baile de disfraces, un evento que Lawrence consideraba «estúpido, de una absurdidad incuestionable».

Bueno, al menos el pobre no tendría que sufrir la tortura de bailar con ella. A Emily el sentido del decoro le prohibía bailar, puesto que se hallaba en las últimas semanas de luto por la muerte de su madre. Sin lugar a dudas, era la única invitada que vestía un insulso traje negro, con un antifaz plateado como única concesión a la temática lúdica de la noche.

—¿Con quién está bailando Sophie? —inquirió Emily.

—Creo que su pareja esta vez es lord Blackmore.

—¿Lord Blackmore? ¿Está bailando con él? —Un hombre realmente importante. El conde de Blackmore era el hermano de la nueva hija política de los Dryden.

Emily se sintió invadida por una ola de envidia, que desapareció tan rápido como se había formado. Qué mema al envidiar a Sophie por un derecho que su amiga ostentaba desde la cuna. Estaba convencida de que jamás gozaría de la oportunidad de bailar con el conde, simplemente porque era la hija de un rector sin parientes aristocráticos.

Después de todo, aún tenía que dar las gracias por estar allí. Lady Dryden sólo la había invitado como pago por un pequeño servicio que Emily le había ofrecido. La marquesa no tenía motivos para presentar a Emily a ninguna de las damas ni lores ricos que se habían puesto de punta en blanco y se habían desplazado desde Londres para la ocasión.

Sin embargo, se preguntó qué se sentiría al bailar con un conde tan famoso como lord Blackmore. Seguramente unos terribles nervios en el estómago, especialmente porque parecía muy apuesto. ¿O no? Se puso de puntitas para examinarlo a

través de los dos orificios de su antifaz, lamentablemente no consiguió distinguir nada más que un mar de pelucas y de es-
perpénticos tocados que se agitaban formando un remolino
confuso a su alrededor.

—Cuéntame qué ves, Lawrence. ¿Están bailando un vals?
¿Y lord Blackmore, dirías que lo está pasando bien?

—¿Pasarlo bien? ¡Cómo va a pasarlo bien! Primero por-
que está bailando, y segundo porque tiene a Sophie por pare-
ja. Ese hombre se merece alguien mejor.

—¿Por qué dices eso?

—Lord Blackmore es un hombre de cierta relevancia, ya
me entiendes. A pesar de ser uno de los miembros más jóve-
nes de la Casa de los Lores, ha promovido más reformas para
los pobres que ningún otro miembro.

—¿Y qué tiene eso que ver con el hecho de que Sophie no
sea lo suficientemente buena para él?

Lawrence se encogió de hombros.

—Me duele tener que decírtelo, pero tu amiga es una pán-
fila, y por consiguiente es absolutamente inapropiada para un
hombre que despunta por su experiencia e inteligencia.

—¡Sophie no es pánfila! ¡Qué sabrás tú de ella! ¡Si la co-
nociste ayer!

—Sí, y se pasó todo el tiempo exhibiendo una actitud abo-
minablemente despreciativa hacia mí. Supongo que está con-
vencida de que un abogado de Londres está muy por debajo de
sus expectativas.

Sus intentos por mostrarse impasible fracasaron tan estre-
pitosamente que Emily tuvo que hacer un enorme esfuerzo
para no echarse a reír.

—Oh, Lawrence, creo que malinterpretaste su comporta-
miento. Ella no te menospreció, simplemente se sentía aterro-
rizada por ti.

—¿Aterrorizada? —Una nota de escepticismo se escapó de
su voz—. ¿Y por qué iba la hija de una marquesa a sentirse
aterrorizada por mi presencia?

Emily observó a su primo de soslayo. Al igual que algunos
jóvenes que habían optado por no disfrazarse, Lawrence lucía
un traje de gala y un antifaz; pero a pesar de que éste cubría

su nariz recta y parte de su frente tersa, no ocultaba su sedoso pelo cobrizo ni su porte tan atractivo. Además, el joven siempre estaba dispuesto a dar su opinión sobre cualquier asunto, con lo cual había conseguido amedrentar a la apocada Sophie.

—¿Y bien? —preguntó él con una visible impaciencia—. ¿Por qué me tiene miedo?

—Porque, mi querido primo, eres un hombre. Un hombre apuesto, insolente y, por lo tanto, peligroso. —Cuando él esbozó una mueca de incredulidad, ella agregó—. Te lo digo en serio, Sophie era plenamente consciente de tu presencia ayer. Por eso únicamente farfulló unas pocas palabras hasta que presentaste tus excusas para marcharte.

—¡Menuda ridiculez! Una mujer de su posición —bella, rica, y con unas amistades tan poderosas— no tendría que temer a nadie. Probablemente, cuando celebre su puesta de largo tendrá un sinfín de pretendientes dispuestos a casarse con ella por su fortuna. Su boda será esplendorosa y vivirá en una magnífica mansión con un duque o con un marqués.

—Quizá tengas razón, pero eso no significa que ella no tema a los hombres.

Una repentina conmoción en la pista de baile captó la atención de gran parte de la concurrencia. Lawrence avizó por encima de las cabezas, achicando los ojos.

—Supongo que eso marca el final. Bueno, tampoco es que me sorprenda.

—¿Cómo que el final? ¿A qué te refieres? —Un tipo calvo que iba ataviado con una toga y lucía una corona de laurel medio torcida se colocó justo delante de Emily y le tapó la visión. ¡Cielo santo, qué daría ella por tener un taburete al que poder encaramarse!—. Dime. ¿Qué pasa?

—El padre de Sophie acaba de separarla de Blackmore con muy malos modos. Ese lord Nesfield es un verdadero cretino. —Se inclinó hacia delante para no perder ni un detalle de la escena que Emily no alcanzaba a ver—. Y ahora ese perdonavidas está regañando a Blackmore a viva voz.

—¡Pobre Sophie! ¡Qué mal que debe de estar pasándolo!

—¿Pobre Sophie? ¿Y qué hay de Blackmore? —Lawrence

se ajustó el antifaz con dedos impacientes—. Espera un minuto... ¡Vaya! ¡Fantástico, Blackmore! ¡Así se trata a un cretino!

Emily volvió a ponerse de puntillas, pero sólo vio un enorme sombrero de mago Merlín.

—¿Qué pasa? ¿Qué están haciendo?

—Blackmore se marcha, más chulo que un ocho. Nesfield ha decidido seguirlo, y continúa sin dejar de ladrar, pero Blackmore no le hace caso, y Nesfield parece un ridículo patán.

—No lo comprendo. ¿Por qué lord Nesfield no permite que Sophie baile con lord Blackmore?

Alrededor de ella, la gente no dejaba de murmurar y, por lo visto, la mayoría compartía la opinión de Lawrence sobre el marqués de Nesfield.

—Nesfield es el mayor opositor de Blackmore en el Parlamento —explicó con impavidez—. El marqués es de la opinión de que es mejor oprimir al pueblo llano, porque ayudarlo podría animarlo a sublevarse y a derrocar a la aristocracia. Según él, Blackmore es el peor agitador que jamás haya existido, y por eso no puede tolerar que se acerque a su hijita casta y pura.

—El marqués siempre muestra recelos ante cualquier hombre que ose aproximarse a Sophie —terció Emily con porte indignado—. Desde que era una chiquilla él siempre ha temido que algún tarambana la aleje de su lado. Por eso ella teme tanto a los hombres, porque él nunca le ha permitido relacionarse con chicos de su edad, y Sophie únicamente sabe lo que su padre le cuenta de los hombres.

Lawrence le lanzó una mirada llena de escepticismo.

—Pensaba que tenía un hermano. Seguramente él la habrá aleccionado sin tantos prejuicios.

—Su hermano se escapó de casa cuando ella tenía ocho años. Él era muy joven, creo que sólo tenía diecisiete años. Según cuentan él y su padre mantuvieron una terrible discusión. Ahora su hermano vive en algún país de Europa, así que sin la mediación de su hermano y sin madre, puesto que la marquesa falleció hace tiempo, Sophie sólo cuenta con la guía de su padre, y él lo único que hace es sembrar sospechas acerca de cualquier hombre que se acerca a su hija.

—Me parece que únicamente estás buscando excusas para eximirla, a pesar de que no niego que lord Nesfield sea un verdadero idiota. —De repente, su cara se tornó más sombría—. Espera, ella viene derechita hacia aquí, hacia nosotros. Ha logrado escabullirse del altercado mientras su padre se ensañaba con lord Blackmore. Ahora le podrás dar el elixir y nos podremos marchar. Pero si no te importa, desapareceré de escena antes de que ella me vea y le entre «ese pánico tremendo». —Lawrence alzó la barbilla con tanta petulancia como la que atribuía a Sophie y se perdió entre la multitud que colmaba la pista de baile.

Tan pronto como se marchó, Emily vio a Sophie abriéndose paso entre el hervidero de gente. Su cara era todo un poema. Pobrecita. Y eso que esa noche estaba verdaderamente guapa. El baile le ofrecía la oportunidad de practicar para su puesta de largo, y por ello probablemente no lucía ningún disfraz sino un elegante y vaporoso vestido de seda de color lavanda, que acentuaba su delicada figura y su larga melena azabache. No era de extrañar que lord Blackmore hubiera sentido deseos de bailar con ella.

Sophie avistó a Emily, y acto seguido avanzó hacia ella con paso presto hasta colocarse a su lado.

—¡Oh, Emily! ¿Lo has visto?

—No, pero Lawrence me lo ha contado todo.

Sophie se sonrojó.

—¿Tu primo ha sido testigo? ¡Oh, no! ¡Nunca podré volver a alzar la cabeza! ¡Ha sido horrible, simplemente horrible! ¡Seguro que ahora todo el mundo está hablando de mí!

Emily abrazó a su pobre amiga.

—Tranquila, nadie te culpa de nada; las críticas van únicamente dirigidas a tu padre, y se lo merece.

El grácil cuerpecito de Sophie tembló, y Emily supo que su amiga estaba a punto de romper a llorar. No, eso no podía ser.

Emily habló con un tono firme e implacable:

—Vamos, ya ha pasado. Si quieres que mañana nadie hable de ti, compórtate como si no estuvieras afectada por lo que ha sucedido.

Sophie contuvo el nudo de la garganta que amenazaba con estallar y se frotó los ojos con su delicado puño.

—Tienes razón. —Eché un vistazo a su alrededor—. Todos me están mirando, ¿no es cierto?

—Bah, no les hagas caso. —En un intento por cambiar de tema para distraer a su amiga, Emily anunció—: Te he traído el elixir que querías.

La carita de Sophie se iluminó.

—¿De veras?

—¡Es difícil resistirse a tus ruegos! —Emily sonrió mientras sacaba un frasco de cristal del bolsito—. No te habrías arriesgado a escaparte para venir a verme ayer si no hubieras estado desesperada.

Sophie tomó el frasco que Emily le tendía y lo examinó, con los ojos brillantes a causa de las lágrimas contenidas.

—Mi querida, mi buena amiga, no sabes cómo te lo agradezco. ¡Me has salvado la vida!

—Vamos, vamos, estoy segura de que no es para tanto, pero espero que te ayude. —El entusiasmo de Sophie le provocó un malestar momentáneo. Sólo una vez los remedios secretos de Emily habían causado efectos perniciosos...

No, mejor no pensar en ello. Esta vez no sucedería nada malo. El elixir era tan inocuo como un consomé de pollo, una mera infusión de manzanilla, flores de lavanda y hojas balsámicas.

—Sé que será una gran ayuda —aseveró Sophie—. Todo el mundo está encantado con los resultados de tus remedios.

No todo el mundo. Lord Nesfield no, de eso estaba segura; ese hombre la mataría si averiguara que le había proporcionado un remedio a su hija.

—Si tu padre descubre que...

—No lo descubrirá —la atajó Sophie al tiempo que guardaba el frasco en su bolsito. Sus ojos azules se entristecieron—. De todos modos, vale la pena arriesgarse a sufrir la ira de mi padre, especialmente después de lo que ha sucedido esta noche. Estoy a punto de convertirme en una candidata para el famoso manicomio de Bedlam, en Londres. Fíjate. —Alzó las manos enguantadas, que temblaban como un flan.

Emily murmuró unas palabras afectuosas para calmar a su amiga.

—Esta noche ha sido una pesadilla —añadió Sophie, con la carita enfurruñada y unos morritos que muy pronto romperían corazones en Londres—. Primero, lady Dryden me ha presentado a sus glamurosos amigos, lo cual ya ha sido suficientemente humillante. Estoy segura de que me he comportado como una verdadera pánfila. ¡Y después el desastre con lord Blackmore!

—Oh, pero seguro que no ha sido un desastre hasta que ha aparecido tu padre.

—¡Te equivocas! ¡He estado completamente aterrorizada durante el rato que he bailado con él! El conde tiene fama de tratar a las mujeres respetables con frialdad y con prepotencia.

—No seas ridícula. —Emily no podía conciliar los esfuerzos reformistas de lord Blackmore con ese rumor—. ¿Quién te lo ha dicho?, ¿tu padre?

—No sólo él. Lady Manning dice que lord Blackmore no suele asistir prácticamente a ningún evento social, y que se niega a bailar con las damas casaderas. En lugar de eso, ¡se relaciona con mujeres de vida alegre y viudas indecorosas! Cuentan que tiene un corazón de piedra cuando trata con mujeres decentes que ya tienen edad para casarse.

Emily esbozó una mueca de fastidio. Sophie era aún tan joven... No podía distinguir un acto legítimo de un rumor y un chismorreó con unas claras motivaciones políticas.

—No deberías hacer caso de esas sandeces. Estoy segura de que lord Blackmore se comporta como un verdadero caballero con cualquier dama. Si no fuera así, lady Dryden no te lo habría presentado, ni tampoco él habría bailado contigo.

Sophie se mordisqueó el labio inferior con un gesto que mostraba inseguridad.

—Quizá tengas razón. Lo cierto es que ha sido muy caballeroso mientras bailábamos, aunque se notaba que estaba un poco tenso.

—Además, si realmente ha sido tan cruel con otras jóvenes con anterioridad, es evidente que se ha reformado. Si existe alguien tan dulce e inocente capaz de derretir ese corazón de piedra, no me cabe la menor duda de que ésa eres tú, mi querida amiga.

Emily pensó que oía algo parecido a una risa apagada, como si alguien se estuviera mofando de sus palabras, pero cuando miró a su alrededor, no vio a nadie. Probablemente había sido el viento que se filtraba a través de las cristaleras abiertas del balcón situado a su espalda.

—De todos modos no importa —apostilló Sophie—. Papá nunca permitirá que vuelva a bailar con lord Blackmore otra vez. Aunque tampoco es que yo lo desee, después de la horrible escena que ha montado mi padre. ¡Oh, Emily! ¡No sobreviviré ni un día más en Londres! Preferiría fugarme con uno de nuestros lacayos antes que tener que aguantar la fiesta de mi puesta de largo. Por lo menos conozco a nuestros lacayos.

Emily se puso a reír.

—¡No es posible que digas eso! ¡Imagina la reacción de tu padre! —¡Como si Sophie, a la que le parecía que pelar sus propias naranjas era una tarea demasiado ardua, fuera capaz de convertirse en la esposa de un criado!

—No, supongo que no. Pero detesto ese viaje a Londres. —La barbilla de Sophie tembló peligrosamente.

Emily cambió de tema al instante.

—Así que has bailado con el famoso conde de Blackmore, ¿eh? ¿Qué tal es? ¿Es apuesto? ¿Encantador? ¿O demasiado engreído como para poderlo tolerar?

—Ha sido muy agradable, y... sí, creo que es guapo. Llevaba un antifaz, igual que tu primo... —Sophie se sonrojó un poco, luego continuó con su reflexión en voz alta—: Ahora que lo pienso, se parece mucho al señor Phe... —Sophie se calló de golpe y sus ojos se agrandaron con terror—. Oh, no, papá viene hacia aquí. Estoy segura de que me está buscando.

Emily se dio la vuelta y divisó los anteojos dorados de lord Nesfield enfocados hacia la dirección donde se hallaban las dos. A pesar de que era evidente que el marqués no conseguía distinguir a su hija en la distancia, Emily resopló.

Sophie hundió la cabeza entre los hombros.

—Será mejor que no me vea hablando contigo. Ya sabes cómo es.

¡Desde luego que lo sabía! A pesar de que ella y Sophie habían sido muy buenas amigas desde la infancia, últimamente

el marqués de Nesfield había puesto trabas a su amistad. Aunque le doliera aceptarlo, Emily sabía el porqué.

—Es preferible que nos separemos —se lamentó Emily, estrujando cariñosamente la mano de su amiga—. Vamos, vete.

—Eres la mejor amiga que una chica pueda soñar —susurró antes de marcharse atolondradamente.

Oh, cielos, ¿y si la hubiera pillado entregándole el elixir a Sophie? Lo más apropiado era desaparecer de su vista antes de que el marqués decidiera asaltarla. Emily asomó la cabeza a través de las cristaleras del balcón y miró hacia la sala de baile para confirmar si lord Nesfield no la había visto.

—Hola —pronunció una voz detrás de ella, Emily, sorprendida, se giró expeditivamente, pero se relajó al ver a Lawrence. No lo habría reconocido en medio de la oscuridad de no ser por la tenue luz de las velas proveniente del interior de la mansión, que matizaba el pelo cobrizo de su primo aportándole unos bellos y llamativos reflejos.

—¿Qué hacías ahí escuchando? —le recriminó ella con sequedad—. Debería de habérmelo figurado. Bueno, da igual, espero que te alegre saber que ya podemos irnos.

Él se quedó quieto y extrañamente silencioso.

—Porque tienes ganas de escapar de esta velada tan tediosa, ¿o me equivoco?

Cuando Lawrence contestó, su voz era más grave y gutural que de costumbre.

—Sí, hace horas que quiero marcharme. ¿Pero no piensas despedirte del anfitrión y de la anfitriona?

—¡Uy, es cierto! ¡Se me olvidaba! —exclamó Emily, avergonzada de haber olvidado una muestra de cortesía tan significativa—. No obstante, no quiero que lord Nesfield me vea. ¿Te importa entrar tú y despedirte de ellos de mi parte?

Él se encogió de hombros.

—No, en absoluto. —Con una inclinación gentil extrañamente caballerosa para Lawrence, enfiló hacia la sala de baile.

Mientras Emily aguardaba su retorno, se paseó por el balcón con un visible porte nervioso. Le parecía que su primo tardaba demasiado. Avanzó hasta la cristalera y echó un vistazo al interior, pero él se hallaba en medio de la sala, hablando con los

Worthing y señalando hacia el balcón. Rápidamente se ocultó detrás de la pared y volvió a pasearse un ratito más.

Cuando Lawrence regresó, los dos atravesaron rápidamente la galería bañada en sombras hasta que llegaron a la última estancia antes de alcanzar el vestíbulo. A continuación, caminaron decididos hacia los lacayos, que se habían colocado en fila para despedir a los invitados.

Lawrence se dirigió a ellos en un tono apenas audible; los criados se pusieron en movimiento al instante y les entregaron la capa y el abrigo de lana como si ambos fueran dos invitados distinguidos. ¡Qué extraño! Los sirvientes la habían visto allí a menudo antes, y jamás la habían tratado con una cortesía tan extravagante. ¿Qué les debía de haber contado Lawrence?

Mientras un criado la ayudaba a ponerse la capa corta de terciopelo, Emily pensó que éste la miraba de un modo extraño. Luego el lacayo se separó rápidamente, y ella se quedó pensando si quizá no se lo habría imaginado. El carruaje se detuvo ante la puerta en un abrir y cerrar de ojos, indudablemente porque era uno de los vehículos de lady Dryden. Emily y Lawrence no habían podido asistir con el carruaje de la familia Fairchild porque lo estaban reparando en un taller, así que lady Dryden se había ofrecido generosamente a enviar uno de sus carruajes a buscarlos.

Lawrence abrió la puerta ornamentada y la ayudó a subir. Emily se relajó sólo después de que él ordenara al cochero que se pusiera en marcha.

—Al principio me he divertido un poco, pero ahora ya tenía ganas de marcharme, ¿y tú?

Él se acomodó en el asiento; la luz de la luna perfilaba su boca sonriente. A Emily le pareció distinguir una sonrisa distinta, algo canalla.

—Sí, por supuesto. Qué alegría que hayas sugerido que nos marchemos.

—¿Sugerido? No seas tonto, Lawrence. Era evidente que querías marcharte del baile casi desde el mismo instante en que pisamos esa casa.

El hombre sentado delante de ella irguió la espalda de repente.

—¿Lawrence? ¿Quién diablos es Lawrence?

Si la sorpresa del sujeto no le hubiera dejado patente que había cometido un craso error, su lenguaje lo habría delatado. Lawrence nunca usaría esa clase de palabras delante de la hija de un rector. ¡Por eso su sonrisa le parecía distinta, y por eso los criados se habían comportado de un modo tan extraño cuando ella se había marchado con él!

—Tú... Usted no es... no es Lawrence —tartamudeó Emily con estupefacción, notando cómo su corazón parecía querer escapársele del pecho cuando su interlocutor se quitó rápidamente el antifaz.

¡Virgen santa! Ese individuo tenía el pelo cobrizo como Lawrence, y su misma constitución, e iba ataviado de un modo muy similar a su primo.

Pero su cara era muy distinta.

—Por supuesto que no soy Lawrence —espetó él—. ¿De qué clase de juego se trata? —Él inclinó la cabeza hacia delante, y ella acertó a divisar su mandíbula dura y varonil y una garganta exquisitamente afeitada antes de que la luna se ocultara detrás de las nubes, extinguiendo la escasa luz que se filtraba en el carruaje—. Sabes perfectamente bien quién soy. Por eso le comentaste todas esas majaderías a lady Sophie, para defenderme.

El individuo se quitó el sombrero de copa satinado, lo depositó en el cojín que había sobre el asiento tapizado en brocado, y la simple intimidad que se desprendió de dicha acción le provocó a Emily un pánico arrollador. ¿A qué se refería ese tipo con eso de las majaderías para defenderlo? Obviamente se estaba refiriendo a su conversación con Sophie, que claramente él había escuchado. Pero sólo habían hablado de los temores de su amiga y de...

¡Por todos los santos! ¡Y de lord Blackmore! Habían hablado largo y tendido sobre lord Blackmore. ¿Qué era lo que Sophie había empezado a contarle? ¿Que lord Blackmore se asemejaba muchísimo a alguien? A Lawrence. Sí, ese caballero se parecía mucho a Lawrence.

No, no podía ser.

—¿Me está diciendo que usted es... que usted es...?

—¡Blackmore, quién si no! Pero si lo sabes perfectamente. Su tono acerbo dejó a Emily sin aliento. No había ningún motivo para alarmarse. Se trataba simplemente de un error, un error tan absurdo que muy pronto podrían enmendar. De todos modos, ella era la culpable de todo ese malentendido. No podía acusarlo de haberse aprovechado de ella al asumir que necesitaba que la escoltaran hasta su casa.

—No, no lo sabía. Me temo que usted se parece mucho, diría que muchísimo, a mi primo Lawrence, quien me ha acompañado al baile esta noche. En la oscuridad del balcón, lo he confundido con él. Es un simple error, pero ya está aclarado; no ha pasado nada.

Jordan Willis, el conde de Blackmore, miró boquiabierto a la mujer elegante y atractiva que estaba sentada frente a él. ¿Qué clase de broma era ésa?

—¿Tu primo? —Por todos los demonios, ¿podía ser esa situación meramente el fruto de un extraño error? Él no se había quitado el antifaz en toda la noche, después de todo, pero un pelo como el suyo, con unos reflejos cobrizos tan destacables, no era nada usual.

Se había figurado que ella era una viuda licenciosa con ganas de mantener un encuentro privado con él. Aunque lo cierto era que parecía nerviosa. Y si esa mujer decía realmente la verdad, entonces...

—¿Me estás diciendo que realmente hablabas en serio cuando soltaste todas esas majaderías sobre mi reputación caballeresca?

—¡Pues claro que hablaba en serio! —Ella parecía asombrada ante su reacción—. ¿Qué le hace pensar lo contrario?

Jordan estiró un brazo a lo largo del respaldo de su asiento. No era posible que esa mujer fuera tan ingenua, y más teniendo en cuenta lo que había oído acerca de él.

—Porque cuando una hermosa viuda me defiende cuando estoy tan cerca como para oírla, generalmente lo hace para impresionarme.

—¿Una viuda? ¿Cree que soy viuda? —Emily abrió con un golpe seco de muñeca el abanico y empezó a darse aire con movimientos bruscos—. Oh, cielos, por eso ha aceptado acom-

pañarme sin ningún reparo. Porque ha pensado que... es decir, ha dado por sentado que...

—Que eras una viuda en busca de un poco de compañía, sí. —Jordan se sintió abordado por una desagradable sensación de pesadez—. Dime que no me equivoco.

—¡Sí que se equivoca! ¡Se trata de un terrible error! No soy ninguna viuda. Voy de luto riguroso por mi madre, que falleció el año pasado.

La sensación de incomodidad acabó de aplastarlo. Ella no era una viuda. Probablemente era la hija virginal de algún terrateniente, y él la había invitado a subir en su carruaje sin pensar que alguien podía verlos juntos.

No, no podía haber cometido semejante estupidez.

—Me estás tomando el pelo. A ver si lo adivino: se trata de un juego a algo parecido, ¿no es así?

—¡De ningún modo! ¡Le estoy contando la verdad!

—Por lo tanto, ¿he de deducir que no estás casada? —Los músculos de su estómago empezaron a contraerse.

Emily sacudió la cabeza efusivamente de un lado a otro.

—Y tan pura como la nieve que cae del cielo, supongo. —La rabia explotó en su cabeza. ¿Cómo podía haber actuado de un modo tan inconsciente?—. Tienes... tiene razón, señorita; se trata desde luego de un terrible error.

—Por favor, ahora que se ha dado cuenta de que no soy la clase de mujer que pensaba, le ruego que me lleve de vuelta a casa de los Dryden. Cuanto más tiempo me quede en su carruaje, más pondré en peligro mi reputación. Además, mi primo debe de estar buscándome.

Jordan sintió una gran sequedad en la boca. Claro, su primo debía de estar buscándola, pero ¿quién más?, ¿su padre orgulloso?, ¿su tía maquiavélica? ¿Y si ella le había mentado en cuanto a que lo había confundido con su primo? Algunas madres empeñadas en buscar un buen partido para sus hijas ya habían intentado tenderle trampas previamente. Por eso desconfiaba de las jóvenes solteras.

¿Y qué pasaba con la forma en que ella lo había defendido tan fervientemente? ¿Qué mujer habría reaccionado del mismo modo si no era para impresionarlo? Ella debía de saber que

él las estaba escuchando. No se había mostrado nada sorprendida al descubrirlo allí, de pie, emergiendo de entre las sombras.

La furia se instaló en su vientre con la pesadez de un banquete descomunal.

—Sospecho que su primo sabe exactamente dónde está usted en estos momentos.

Emily dejó caer el abanico en su regazo.

—¿Qué quiere decir?

Él interpretó la expresión recelosa de ella como un indicio más de su patente culpabilidad.

—Sabe perfectamente a qué me refiero. Lo tenían todo planeado, ¿eh? Si regreso al baile, me encontraré con una fila de personas esperándonos, listas para obligarme a «hacer algo» para reparar mi indiscreción. Pues permítame que le diga una cosa: si cree que dejaré que una virgen listilla me atrape para que me case con ella...

—¿Atraparlo para que se case conmigo? ¡Cielos! No pensará que... que... No creerá que... —Emily no tuvo fuerzas para acabar la frase; suspiró desalentada antes de proseguir—: ¿Cree que lo he hecho adrede? ¿Que he planeado que me invite a subir en su carruaje sola poniendo en riesgo mi propia reputación?

—¿Y qué otra cosa puedo pensar? Me ha defendido cuando seguramente sabía que estaba allí escondido escuchándola. Y toda esa patraña de que me ha confundido con su primo...

—¡Será posible! ¡Es usted un insolente y un caradura! ¡Ya veo que me equivoqué al no creer en la información de Sophie! ¡Es obvio que usted sólo conoce a una clase de mujeres, lo cual explica por qué no reconoce a una mujer decente cuando la tiene delante de sus narices!

—Oh, reconozco a las mujeres decentes bastante bien —espetó él, mientras sus miedos adormecidos emergían lentamente a su cabeza—. Las mujeres decentes tienden este tipo de trampas para cazar un esposo rico y célebre. Ansían dinero, posición y la oportunidad de gobernar la vida de un hombre para convertirla en un verdadero calvario, y están dispuestas a recurrir a cualquier artimaña con tal de lograrlo.

Cuando ella soltó un bufido de estupefacción, Jordan añadió con una deliberada falta de consideración:

—Las mujeres indecentes, en cambio, son honestas en lo que esperan a cambio de los placeres que ofrecen. Son fáciles de manejar, no roban demasiado tiempo de las cuestiones importantes, y no piden nada más que lo que un hombre pueda darles. Oh, sí, reconozco la diferencia. Y prefiero confraternizar con mujeres indecentes que con aquéllas que se jactan de ser decentes.

Emily irguió la espalda y lo fulminó con una mirada de despecho.

—Le parecerá difícil de creer, lord Blackmore, pero existen mujeres distintas a las que acaba de describir, mujeres que no necesitan tender trampas a un pobre desventurado para que se case con ellas con tal de adquirir una posición social destacada y una fortuna considerable. Estoy bastante contenta con mi vida, muchas gracias, y no necesito «gobernar» la suya para hallar satisfacción. Y le repito que no le he tendido ninguna trampa; simplemente he cometido un error, ¡uno que se acrecienta con cada segundo que paso viéndome obligada a soportar su detestable presencia!

La vehemencia en la voz de Emily tomó a Jordan por sorpresa. Ciertamente, tenía toda la pinta de una mujer afrentada. Pero claro, debía de ser una buena actriz para maquinar esa treta, ¿no?

—¿Así que alega que no sabía que estaba escuchando su conversación?

—¡No soy tan maleducada como para permitir que mi amiga cuchichee sobre un hombre que puede oírla!

—De acuerdo —contestó él con sequedad—. Digamos que me está contando la verdad. Si no se había dado cuenta de mi presencia en el balcón, entonces, ¿por qué diantre me ha defendido ante lady Sophie si no tiene ni idea de cómo soy ni de si esos chismes son ciertos?

Ella lo miró a los ojos sin pestañear.

—He oído cosas sobre su dedicación en el Parlamento. Por eso creía firmemente que era usted un hombre bueno y honesto.

Jordan sintió una punzada en el pecho por el énfasis que ella puso en la palabra «creía». ¿Se había precipitado a la hora de juzgarla?

El carruaje dio una brusca sacudida, lanzando a Emily hacia un lado durante el tiempo suficiente para exponer un tobillo elegante y decididamente bello antes de que pudiera recomponer la postura.

—Además, no es correcto que alguien denigre a una persona cuando ésta no se halla presente para defenderse del ataque. Si uno no sabe la verdad, lo mejor que puede hacer es mantener la boca cerrada. Mi padre, el rector de Willow Crossing, me ha educado para que no haga caso de los comentarios perversos.

—¿Su padre es rector? —Su incomodidad se acrecentó. ¿La hija de un rector? ¿Tendiéndole una trampa? No le parecía viable. Jordan soltó un bufido. Había cometido un execrable error al dejar que su rabia controlase la situación. A pesar del antifaz que ella lucía, podía ver los destellos peligrosos que emanaban de sus ojos.

—Sí —contestó Emily, apenas realizando una pausa para comprender la intención de la pregunta que le acababa de lanzar su interlocutor—. Podría aprender un montón de cosas de mi padre. Él no juzga a las personas si no lo sabe todo acerca de ellas. Siempre cita a Mateo 7,1: «No juzguéis, para que no seáis juzgados».

¡Por el amor de Dios! ¡Esa mujer estaba recitando la Biblia, con capítulo y verso incluidos!

—Sigo el ejemplo de esas palabras —continuó ella, ahora enardecida—. Nadie tiene derecho a juzgar el comportamiento de una persona, ni tan sólo usted; sólo Dios. Es más...

—Ya es suficiente, madame.

Pero ella continuó con su monólogo como si no lo hubiera oído.

—Las Sagradas Escrituras dicen que...

—¡Madame! ¡Zanjemos el tema! ¡De verdad, la creo!

La expresión de Emily no tenía desperdicio: absolutamente decepcionada, como un predicador que le acabaran de negar el placer de encaramarse al púlpito para dar un sermón.

—¿Cómo... cómo dice?

—Que la creo. —Incluso él, con su visión cínica del mundo, no podía creer que una mujer fuera capaz de citar la Biblia y maquinarse un plan contra él al mismo tiempo. Desvió la vista hacia la ventana y murmuró—: Está claro que no es la clase de... mujer por la que la había tomado.

—Estoy de acuerdo —recalcó ella con petulancia.

Jordan apretó los dientes antes de añadir:

—Siento mucho haberla ofendido.

Acto seguido la cabina del carruaje se llenó de un incómodo silencio. Cielo santo, Jordan había cometido un terrible error. Debería de haberlo reconocido antes, pero había montado en cólera al pensar que le acababan de tender una trampa y por eso no había razonado como era debido. Obviamente, si ella hubiera intentado engañarlo, no le habría declarado que había cometido un error tan pronto. Habría intentado engatusarlo para que él la comprometiera.

Pero no había actuado así. Y lo más importante, él la había insultado excediéndose de los límites. La miró de soslayo, preguntándose qué era lo que debía de estar pensando.

Ella lo observó con el recelo de un ciervo que se siente acorralado.

—¿Así que admite que no he intentado engañarlo?

—Sí.

—¿Admite que se ha equivocado por completo?

—¡Por todos los demonios! ¡Sí y mil veces sí!

Emily irguió la espalda y lo amonestó:

—Tampoco hace falta que sea tan irrespetuoso.

—¿Ahora piensa corregir mi forma de expresarme? ¡Por el amor de Dios! —Jordan resopló con hastío—. Es usted tan pernicioso como mi hermanastra, que no cesa en sus sermones hasta que no admito que me he equivocado. Y ella, también, me corrige cuando hablo y cita la Biblia para intentar hacerme cambiar de hábitos.

—Entonces seguramente se pasará mucho rato corrigiéndolo y memorizando las Sagradas Escrituras.

Jordan se la quedó mirando boquiabierto, y luego estalló en una estentórea risotada.

—Así es. —Esa chica tenía cierta gracia, lo admitía. Ninguna mujer excepto Sara se atrevía a criticarlo a la cara, a pesar de que probablemente muchas lo hacían a sus espaldas.

La hija del rector estaba despertando su interés. No tenía ni un pelo de tonta, a diferencia de la mayoría de jovencitas pánfilas que pululaban alrededor de él esos días. Y detrás de esa máscara, ¿se ocultaría una bonito rostro? El resto de su cuerpo parecía prometedor...

Por todos los demonios, ¿pero en qué estaba pensando? ¡Esa mujer era virgen!

—La hija de un rector que recita la Biblia —dijo él, intentando fijar ese pensamiento en su cabeza—. Esta vez sí que me he pillado los dedos con una muchacha inocente, ¿verdad?

—Sí. —Emily se alisó la falda con porte contrariado—. Y ahora haga el favor de indicarle a su cochero que me lleve de vuelta a casa de los Dryden.

—Por supuesto. —Pero Jordan no hizo ningún movimiento para ordenarle al cochero que cambiara de dirección. Antes tenían que considerar los problemas potenciales que podían derivarse de su error garrafal—. Dígame una cosa, señorita... señorita...

—Fairchild —declaró ella.

Jordan lazó un bufido.

—¡Vaya por Dios! Si incluso su nombre destila pureza e inocencia. —Mientras el carruaje seguía su camino, él cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Cómo voy a devolverla al baile sin echar a perder su reputación? Si su primo la está buscando, es muy probable que esté plantado en la puerta de la casa cuando regresemos.

Emily frunció sus bonitas cejas con preocupación.

—¡Cielos! Tiene usted razón. Y aunque él no se entere de que he abandonado el baile, no podemos olvidarnos de los criados. Nos han visto marchar juntos.

—No se preocupe por eso; les pagué muy bien para que mantuvieran nuestra partida en secreto. —Cuando ella le lanzó una mirada de indignación, él se encogió de hombros—. No me gusta que aireen mi vida privada por todo el país. No hablarán con nadie, se lo aseguro. Sin embargo, al-

guien más podría habernos visto salir juntos. Y si regresamos juntos...

Emily se hundió en el asiento.

—Es verdad. Y usted no es exactamente un hombre con fama de santurrón.

Jordan sonrió. Nadie lo había descrito en esos términos con anterioridad.

—Me temo que no, aunque créame, en este momento daría lo que fuera por serlo.

Seguramente varias personas se habían fijado en que ella había abandonado el baile con el conde de Blackmore. Y cuando regresara después de tanto rato, acompañada por él... Sus bellos ojos se entristecieron. No había sido necesario planear una trampa; el resultado iba a ser el mismo. Lo único que hacía falta era un testigo ocular en la puerta. Entonces todo el mundo sabría que ella había montado en un carruaje con un conde de fama ignominiosa por relacionarse con mujeres descocadas, y el daño sería irreparable: su reputación quedaría tocada para siempre.

Pero él no deseaba arruinar su reputación. De repente, Jordan sintió un profundo deseo de no causarle ningún daño, aunque no comprendía el motivo. ¿Quizá porque ella era una criatura tan inocente? ¿O porque lo había defendido sin ninguna otra razón que por una cuestión de principios?

Súbitamente, el cochero dio unos golpecitos repetidos. A continuación, su voz amortiguada por el techo de la cabina resonó para anunciar:

—Nos estamos acercando al camino principal, milord. ¿Adónde debo dirigirme?

—Deténgase aquí un momento, cochero. —Jordan escrutó a Emily con curiosidad—. Y bien, señorita Fairchild, ¿qué quiere que hagamos? Podría llevarla a su casa, y luego regresar al baile y fingir que he salido a dar una vuelta solo. Pero entonces usted tendrá que buscar una excusa, contar alguna mentira sobre cómo ha llegado hasta su casa y por qué lo ha hecho sola, sin su primo.

—Yo jamás miento, lord Blackmore —replicó Emily con altivez—. No es mi forma de ser.

Jordan ocultó una sonrisa.

—Entiendo. Entonces, ¿se le ocurre algún plan para regresar al baile sin que nadie la vea?

Ella jugueteó con el cordón de terciopelo de su bolsito, y de repente se mostró más vivaz. Acababa de tener una idea.

—¿Y si me deja en la entrada que da a los jardines? Podría recorrer el camino sigilosamente y aparecer sola en la sala de baile, como si hubiera estado todo el tiempo paseando por los jardines. Entonces no tendría que mentir. Si usted se queda fuera por un tiempo prudente y luego entra con su cuento de que se ha ido a dar una vuelta solo, podríamos salvar la situación.

—En otras palabras, que no piensa mentir, pero no le importa que yo lo haga.

—Lo siento —dijo ella con evidente azoramiento—. Tiene usted razón. Es muy desacertado por mi parte que...

—No se preocupe. —Sofocó la carcajada que amenazaba con escapar de su boca. ¡Por todos los demonios! Jamás había conocido a una mujer tan firme en sus principios. Ni tampoco recordaba haberse divertido tanto con una—. Créame, no dudaría en contar una mentira para salvaguardar su reputación.

Una sonrisa apesadumbrada se perfiló en los labios de Emily.

—Gracias.

Jordan propinó unos golpecitos en el techo de la cabina, y luego ordenó al cochero que regresara a la mansión de los Dryden, pero que se detuviera a la entrada de los jardines. Mientras el cochero realizaba las maniobras pertinentes para cambiar de rumbo, Jordan volvió a fijar toda su atención en la señorita Fairchild.

Ella tenía la vista clavada en la ventana. Su traje de luto era tan negro que engullía el menor destello que la luna se atrevía a dedicarles, dejando que sólo sus manos y su cara reflejaran el brillo del astro celeste.

¡Y qué cara más sugestiva! Toda llena de curvas suaves y de secretos. Si pudiera ver un poco más de su fisonomía, si pudiera arrancarle el antifaz y deleitarse con la visión... Lo que acertaba a ver era exquisito. Su frente, tan altiva y pálida como

la luna... y esas delicadas mejillas redondeadas... y los labios carnosos. Su pelo parecía seda hilada incluso en el interior del carruaje oscuro y...

¿Pero se podía saber qué mosca le había picado? Sus pensamientos eran poéticos, algo que nunca le sucedía, y decididamente no debería de sucederle con la primorosa señorita Fairchild. Ni tan sólo debía de pensar en ella en esos términos. No era su tipo y punto.

De repente, ella lo miró a los ojos.

—Lord Blackmore, quiero disculparme por haberlo metido en este atolladero.

—No, no —respondió él, moviendo la mano como si quisiera restarle importancia al asunto—. Ha sido un error sin malicia por ambas partes. Con un poco de suerte, nadie se enterará de lo que ha sucedido.

—¿Pero y si alguien se entera?

Ella le estaba preguntando si podía confiar en su palabra para salir inmune del aprieto. De repente, Jordan sintió unos enormes deseos de reafirmar que podía confiar en él.

—Haré lo que sea necesario, señorita Fairchild. No se preocupe más por esa cuestión.

—No le estoy pidiendo que se case conmigo —se apresuró a aclarar Emily—. Pero si puede inventarse alguna historia o... o...

—Haré lo que haga falta; no se preocupe —terció él con resolución. ¿Pero cómo iba a inventarse una historia? ¡Como si fuera tan fácil sacarse un cuento chino de la chistera que los pudiera exculpar a los dos sin dejar rastro de dudas!—. No nos descubrirán; he conseguido salir airoso de situaciones más comprometedoras que ésta.

—De eso no me cabe la menor duda.

Él sonrió ante el tono impertinente de ella. Oh, cómo deseaba ver ese rostro que se ocultaba tras la máscara. A pesar de que la luna ensalzaba su figura con una luz cristalina, únicamente acertaba a discernir un poco de su expresión. Le molestaba que ella le viera la cara y que en cambio él no pudiera ver la suya.

—De todos modos —añadió ella—, si cree que puedo hacer algo para reparar el error...

—Sí, sí que puede —replicó Jordan, las peligrosas palabras se escaparon de su boca sin que él pudiera remediarlo—: Quítese el antifaz para que pueda ver su rostro.

Capítulo dos

Conocí a una dama en el prado
Increíblemente bella, un hada de cuento
Tenía una larga melena, y unos pies ligeros
Y unos ojos turbadores.

La mujer hermosa sin gracia: una balada,

JOHN KEATS

Emily se quedó mirando a lord Blackmore con estupefacción.

—¿Cómo dice?

—Juega con ventaja respecto a mí: usted lleva un antifaz, y yo no. —Su voz sonaba profunda y gutural en los limitados confines del carruaje—. Me gustaría verle la cara. ¿Le importa?

Ella dudó sólo brevemente antes de alzar las manos hasta las cintas que mantenían la máscara sujeta a su cara.

—No, por supuesto que no. —Después de todo, lo que él le pedía para enmendar de alguna manera su error era una nimiedad, y de hecho se había comportado como un perfecto caballero desde el momento en que habían aclarado lo acontecido.

Además, la lógica aplastante le decía que él tenía razones más que suficientes para haber malinterpretado las circunstancias. Probablemente ese desventurado había sufrido más de una vez el acoso de alguna muchachita mema que mostraba una clara intención de cazar a un conde acaudalado. ¿Cómo iba a acusar a un hombre tan rico y poderoso como él por mostrarse precavido? Lo mínimo que podía hacer era mostrarle la cara.

Si pudiera desatarse las cintas... ¡Virgen santa! Estaban bien anudadas. Ni tan sólo podía deslizar ese bendito antifaz

por encima de la cabeza. Le desharía el peinado, y si regresaba al baile con el pelo revuelto, la gente sospecharía que había sucedido algo más.

—Lo siento, pero no puedo soltar las cintas.

—Permítame que la ayude. —A pesar de sus largas piernas, Jordan se movió con agilidad desde su asiento opuesto al de ella hasta el que Emily ocupaba para sentarse a su lado—. Incline la cabeza hacia delante, por favor.

Ella dudó unos instantes. El mero pensamiento de imaginar los dedos del conde posados sobre su nuca le provocó una suerte de deliciosa quemazón en todo el cuerpo. Algún instinto femenino la estaba previniendo sobre el peligro de dejar que ese sujeto se le acercara tanto.

Sin embargo, era evidente que él no estaba interesado en ella como mujer. Le había mostrado claramente su contrariedad cuando se enteró que era virgen. Así que, ¿por qué tanto recelo?

—De acuerdo —convino Emily, intentando mantener un tono de voz impassible.

Jordan depositó sus largos dedos en su nuca y se enzarzó en la labor de desatar el nudo. Emily se quedó completamente quieta, como si se hubiera convertido en una estatua incapaz de sentir el cuerpo masculino a escasos centímetros de ella.

¡Menuda trastada! Jamás había estado tan cerca de un hombre, y el más leve movimiento del conde imprimía una reacción inmediata en todos sus sentidos: esos brazos apoyados en su espalda, esos músculos flexionados mientras intentaba deshacer el nudo... su respiración, cálida y acompasada, que le hacía cosquillas a través de la fina capa de pelo que le cubría el cuello desnudo... ese muslo firme, presionando contra la parte inferior de su espalda.

Emily notó cómo la sangre fluía más alborotada por todo su cuerpo. Tantos años dedicada en cuerpo y alma a asistir a su madre en la larga enfermedad que la consumía y luego el año de luto la habían alejado de cualquier posible pretendiente. De todos modos, tampoco había demasiados jóvenes solteros en Willow Crossing, pero seguramente habría encontrado alguno si no hubiera estado cuidando de su madre.

Ahora su madre estaba muerta, ella tenía veintidós años, y sólo contaba con la compañía de su padre. Esos días, con él tan distante y sus actividades tan restringidas, ni tan sólo su padre lograba mantener a raya la terrible soledad que la asediaba. Sin embargo, había adoptado la determinación de mantenerse ocupada en casa.

Hasta esa noche. El hombre sentado a su lado lograría que incluso una monja deseara gozar de compañía masculina. Con un palmario nerviosismo, fijó la vista en la ventana, pero eso únicamente incrementó la sensación de intimidad que confería la cabina del carruaje. Allí fuera todo estaba tan solitario que incluso los grillos cantaban sin ser molestados y las lechuzas ululaban abiertamente sin temor a ninguna repercusión. Y estaba oscuro. Muy, muy oscuro. Sin lugar a dudas, la atmósfera aportaba una nota peligrosa a la situación.

De repente, la máscara se desprendió de su cara.

—Ya está —murmuró él mientras sostenía la cinta de seda y luego la soltaba sobre el regazo de Emily.

—Gracias. —Ella se levantó rápidamente y se sentó en el otro asiento. El conde estaba demasiado cerca, demasiado... demasiado varonil. Quizá a él no le afectara su presencia, pero a ella sí que la turbaba. Allí, en ese reducto cavernoso, él adoptaba el tamaño de un inmenso gigante. Tenía que escapar antes de que empezara a comportarse exactamente como esas niñas timoratas que él tanto despreciaba. Emily intentó contraerse para ocupar el menor espacio posible en el asiento, pero al hacerlo no pudo evitar mirarlo.

¡Cielo santo! ¡Había cometido otro error! La luna caprichosa ahora iluminaba su rostro con una intensa luz, permitiéndole obtener una buena visión del conde por primera vez en toda la noche.

¿Guapo? ¿Realmente Sophie había utilizado ese término tan inocente para describir al conde de Blackmore?

Arrebatador... intimidador... fascinante. Él era todo eso y más.

Le pareció sorprendente todo lo que una máscara y un poco de oscuridad podían ocultar. Él y Lawrence tenían el mismo color de pelo y la misma constitución, pero su parecido acababa

allí. Los ojos de Lawrence eran grandes y de un color castaño que costaba matizar. Los de lord Blackmore eran profundos y tan oscuros como un par de tizones, especialmente bajo la luz de la luna. Las mejillas de Lawrence tendían a ser pálidas, excepto cuando se ruborizaba, y en dicho caso se iluminaban adoptando un tono rosado intenso. Lord Blackmore jamás se sonrojaría; de eso estaba absolutamente segura.

Pero la forma en que la observaba, como si intentara analizar su fisonomía, consiguió que Emily sí que se sonrojara. Instantáneamente se arrepintió de haberse quitado la máscara. Ahora quedaba tan... tan expuesta.

Se relajó apoyando la espalda en el asiento.

—Y bien, ¿qué aspecto tiene la hija de un rector?

—No lo sé. Ojos vivos, labios prietos, como un icono sagrado.

—Ya veo que no tiene demasiada experiencia con personas de mi posición, ¿no es cierto, milord? —concluyó ella con un tono provocador—. Le aseguro que en las hijas de los rectores puede encontrar una amplia parrilla de rostros bien diversos. Y de actitudes.

Jordan sonrió.

—Gracias por la aclaración.

Su voz expresaba una plena aprobación de su apariencia. Emily sintió un delicioso escalofrío efímero a lo largo de la espalda. ¡Por todos los santos! No le extrañaba que las mujeres idearan las más inimaginables artimañas para cazarlo y casarse con él. ¿Qué mujer no desearía a un hombre que podía hacerla temblar como una hoja con tan sólo unas pocas palabras?

Qué pena que ella no estuviera a su altura.

Mientras él continuaba observándola, Emily se sintió sofocada. Rápidamente asió el antifaz y volvió a cubrirse la cara con él.

—Yo... yo... Será mejor que lo lleve puesto cuando llegemos a los jardines.

—Tiene razón.

¿Acaso fue fruto de su imaginación, la nota de decepción que le pareció que se desprendía de la voz del conde? Seguramente, sí. Él solamente se había mostrado curioso por ver su cara, nada más. Era completamente natural.

Emily desvió los ojos para volverlos a fijar en la ventana, pero el gesto sólo hizo que fuera más consciente de la presencia de él. Podía notar su mirada clavada en ella, interesada, controlándola. ¡Oh, cómo deseaba que no la controlara de ese modo!

—¡Mire! —exclamó más aliviada cuando el carruaje realizó un giro repentino—. Ya hemos llegado a los jardines.

—¿Ah, sí?

¿Por qué tenía que tener ese hombre una voz tan... tan seductora? Probablemente él no se daba cuenta de ello. Emily apenas podía contener el alud de sentimientos que la asaltaba.

—Sí, ya hemos llegado —repitió, intentando mantener la calma. El carruaje se detuvo y ella continuó mirando por la ventana.

Pero cuando todo quedó en silencio, Emily lo oyó. Oyó voces. En el jardín, y bastante cerca.

—Ay, Dios, creo que hay alguien ahí fuera.

Jordan se inclinó hacia ella y oteó los jardines por encima de su hombro.

—Es verdad, puedo verlos. Acaban de pasar por delante del manzano.

La pareja estaba compuesta por un hombre y una mujer de edad indeterminada, que hablaban y reían mientras paseaban cogidos del brazo. De repente, uno de ellos alzó los ojos y avistó el carruaje.

Emily se apartó de la ventana de un brinco con tanta rapidez que prácticamente se quedó sentada en el regazo del conde. Cuando se dio la vuelta hacia él, descubrió que la cara de él estaba a tan sólo unos centímetros de la suya.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Emily.

Jordan dio un golpe en el techo con los nudillos.

—Cochero, dé otra vuelta, por favor.

—Sí, milord —repuso el cochero, y azuzó a los caballos para que emprendieran el trote.

Por un momento Emily se quedó sentada totalmente inmóvil, sin mover ni un dedo, pegada a él por temor a que la luz de la luna revelara su cara mientras el carruaje pasaba por delante de la pareja. Pero cuando se hubieron alejado de los jardines, Jordan carraspeó y dijo:

—Ya puede apartar la mano de mi pierna, señorita Fairchild. Sólo entonces ella se dio cuenta de que había clavado los dedos crispados en el muslo del conde. Sintióse terriblemente avergonzada, retiró la mano rápidamente, pero no pudo borrar la impresión que el músculo duro debajo de los pantalones de tela fina le dejó en la palma de la mano, como si se tratase de una barra de hierro incandescente.

Él estaba tan cerca... tan... tan... tentador. Intentó sentarse en el asiento delante de él, pero no quedaba espacio. Y el conde tampoco se movió. Cuando Emily alzó la vista alarmada, lo descubrió mirándola fijamente, con unos ojos seductores y misteriosos bajo la luz de la luna.

—Parece que el destino se ha empeñado en conspirar para mantenernos juntos —comentó Jordan con una voz ronca.

—¡Oh, no diga eso! ¡Nuestro plan aún puede funcionar!

—¿Y si no es así? —Él estaba tan cerca que ella podía sentir la cadencia alterada de su cálida respiración sobre sus labios.

—Entonces asumiré las consecuencias. Aunque preferiría que no me pillaran dando vueltas en un carruaje sola con un hombre. Ya sé que por mi culpa hemos estado a punto de ser descubiertos. Pero usted no se preocupe, milord.

—Claro que me preocupo; para serle honesto, la idea de una asociación prolongada con usted no me resulta tan... tan abominable como al principio. —Jordan bajó la vista hasta los labios de Emily, con un extraño brillo en los ojos.

Ella notó cómo se le aceleraba el pulso.

—No es necesario que pronuncie esos halagos sólo para que no me sienta tan culpable.

—Créame, no lo digo por ese motivo. —Bajó la cabeza hasta que su boca quedó a escasos centímetros de la de ella—. La verdad es que lo estoy pasando fatal, intentando contener las ganas que siento de besarla.

—¡Oh, no! ¡No lo haga! —exclamó Emily con un tono falto de convicción mientras notaba cómo le empezaba a rodar la cabeza vertiginosamente.

—Tiene razón; he de resistir la tentación.

Sin embargo, no lo hizo. Antes de que ella pudiera protestar o separarse un poco, Jordan la besó en la boca.

Fue un beso impresionante, la impresión más sublime que ella jamás había experimentado en toda su vida. ¿Quién se habría imaginado que los labios de un hombre pudieran ser tan suaves... o tan tentadores? La respiración del conde se mezcló con la suya, con un cálido aroma a brandy, a pesar de que él no parecía estar ebrio. Su diestra boca acarició la suya de un modo tan mágico que logró seducirla al instante.

Emily suspiró, luego contuvo la respiración cuando él la estrechó por los hombros para acercarla más a su cuerpo. En un intento fútil de despejar la niebla que iba nublando su mente, apartó los labios, pero Jordan volvió a atacarla con unos besos embriagadores a lo largo de la curva de la mejilla hasta alcanzar el lóbulo de la oreja, resiguiendo la línea de la máscara.

—Mi dulce Emily —susurró él, con el húmedo aliento pegado a su oreja—. Mi dulce e inocente Emily.

Su nombre no le sonaba familiar, cuando él lo pronunciaba pegado a su oído con esa voz tan ronca. Y ahora que lo pensaba, ¿cómo sabía su nombre? Oh, claro, lo debía de haber escuchado durante la conversación con Sophie.

—No... debería llamarme por... por mi... por mi nombre de... de pila —tartamudeó ella. El conde le mordisqueó el lóbulo de la oreja y ella jadeó—. Por favor, llámeme... llámeme señorita Fairchild.

—Muy bien. Béseme, señorita Fairchild. Si no lo hace, seré yo quien vuelva a hacerlo.

—Preferiría que no... que no... que no me besara, lord Blackmore. No es decoroso.

—¡Como si a mí me importara el decoro! —Estampó un beso en la venita que marcaba el pulso desbocado en su cuello—. ¿No se acuerda de mi escandalosa reputación? Y por cierto, me llamo Jordan. Llámame Jordan.

—No puedo. Es demasiado... demasiado íntimo.

—Exactamente. —Deslizándose un brazo por su cintura, la arrió más a su cuerpo, luego, con la mano que le quedaba libre la obligó a alzar la barbilla hasta que se vio forzada a mirarlo a los ojos, esos ojos peligrosamente selváticos. A Emily el corazón le latía a un ritmo frenético e incontrolable.

—Di mi nombre —susurró él con la voz ronca—. Quiero oír cómo suena en tu boca.

—Jordan. —Ella suspiró. Si continuaban por esa vía, muy pronto su honra estaría por los suelos. Sintió un escalofrío de placer al imaginar esa situación, pero en cambio dijo—: Jordan, no sigas, por favor. No me beses.

—Quiero probar a la mujer que se convertirá en mi perdición. —Mientras ella erguía la espalda con evidente tensión, dispuesta a protestar, Jordan la besó implacablemente de nuevo en la boca.

Esta vez el beso no fue tan suave. La besó como un hombre con un propósito claro y firme. Su boca hambrienta se apoderó de la suya, repasándole los labios con la lengua lentamente mientras deslizaba la mano por su barbilla y su garganta hasta plantarla en la piel desnuda del cuello arqueado, entonces la acarició con unos dedos diestros y poderosos. Cuando ella suspiró ante la estremecedora intimidad que le provocaban esas caricias, Jordan aprovechó el momento para introducir la lengua dentro de su boca.

Alguna parte puritana en su interior insistía en que debía indignarse ante esa última indecencia. Pero le resultaba imposible protestar. El conde de Blackmore la estaba besando, de un modo deliciosamente provocador. Jamás habría imaginado la posibilidad de conocer a ese hombre, y ahora en cambio estaba entre sus brazos, y él la besaba de ese modo...

Se le quedó la mente en blanco cuando él acarició el interior de su boca con la lengua, buscando y conquistando hasta el punto más recóndito. Su beso se volvió más profundo, más osado, y ella se sintió encantada de convertirse en su cómplice. ¡Por todos los santos! ¡Ese hombre ciertamente sabía cómo seducir a una mujer! Como una niña recién salida de la escuela, lo único que Emily acertó a hacer fue aceptar cada caricia, cada portentosa embestida de su lengua.

Y de repente se encontró doblando los dedos para asir las solapas de su traje elegante, aferrándose a él como una verdadera desvergonzada. Y no sintió el menor pudor. Como si estuviera bebiendo champán por primera vez, los diversos placeres de ese beso despertaron unas necesidades nuevas y desconoci-

das en su cuerpo. Se arrimó más a él, como si intentara saciar esas necesidades que la asaltaban, y él le dio más de lo que ella jamás se habría atrevido a pedir, invitándola a tumbarse encima del asiento tapizado en brocado.

Entonces el carruaje se zarandeó bruscamente, y Jordan perdió el equilibrio y se vio obligado a romper el beso. La miró a los ojos durante un largo momento, con un ávido deseo reflejándose en su cara como un color intenso sobre una pálida tela de lino. Un tenue destello de la luz de la luna jugaba con sus rasgos acentuados, destacando los planos angulosos de sus mejillas y de su nariz.

Emily continuaba aferrándose a las solapas, pero ahora que él la miraba a los ojos como en un estado de conmoción, ella fue plenamente consciente de la escandalosa posición en la que se hallaban. Avergonzada, apartó las manos y giró la cabeza.

Jordan habló con una voz torturada.

—Por Dios. No tenía ni idea de lo dulce que podía ser un beso.

¿Dulce? ¡Era mágico! Entonces, ¿por qué la estaba mirando fijamente de ese modo, como si ella fuera Jezabel?

Jordan farfulló una maldición entre dientes y se apartó de ella para desplomarse en el asiento opuesto. Después de un breve instante, se recriminó a sí mismo en voz alta:

—¿Pero se puede saber en qué diantre pensaba para actuar de ese modo? ¡Es indudable que he perdido la cabeza!

Avergonzada ante sus palabras, Emily se incorporó e intentó alisarle el traje con dignidad. Nunca antes se había sentido tan insignificante. Había sido tan delicioso que no se había detenido a pensar qué mundanos resultaban esos besos para él. Incluso en la pobreza de su experiencia, ella reconoció la riqueza de él. Sin duda él encontraba esos besos dolorosamente patéticos.

—Siento haberme dejado llevar de ese modo —se disculpó Jordan con la voz tensa—. No tenía ningún derecho a aprovecharme de las circunstancias.

—Por favor, no te preocupes. No importa. —Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Ahora él estaba intentando ser cortés. ¡Maldito fuera!

—¡Pero es que sí que importa! No eres la clase de mujer que... quiero decir...

—Que no soy tu tipo, ya lo sé —susurró ella, sintiéndose aún peor.

—No quería decir eso. Digamos que las jóvenes castas y puras como tú son un fruto prohibido para mí, ¿comprendes?

Emily pensó que su justificación no se sostenía por ningún lado. Él podría acostarse con cualquier mujer que deseara. Pero no con ella, claro. ¿Un conde con una joven de baja alcurnia como ella? Resultaba del todo impensable. No era que ella fuera un fruto prohibido para él, sino todo lo contrario: él era un fruto vedado para ella.

Jordan la observó, intentando inútilmente comportarse como un caballero. A juzgar por la expresión herida de ella, no estaba diciendo las palabras apropiadas. Probablemente ella estaría esperando que él le jurase amor eterno. Por eso precisamente no quería saber nada de jóvenes virginales y respetables.

La experiencia siempre había resultado fulminante en sus aventuras con las mujeres. Una mujer lujuriosa a la que pudiera olvidar tan deprisa como ella a él, eso era lo que buscaba en una amante. Sabía mejor que nadie que seducir a una muchacha virgen suponía una práctica peligrosa.

Pero con Emily... ¡Por todos los demonios! Si todavía podía notar su aroma en los labios, a manzanas y a chantillí con un puntito de champán. Y cuando ella había abierto los labios para él... Se moría de puro placer con tan sólo recordar ese instante. La lascivia lo devoraba, derribando cualquier barrera lógica y razonable. Incluso ahora deseaba tumbarla de nuevo en el asiento y hacerle el amor. Y no podía hacerlo.

Jordan se sentía como un niño insatisfecho al no haber recibido suficientes golosinas, aun sabiendo que éstas le provocarían un fuerte dolor de barriga. El carruaje estaba impregnado de su aroma a lavanda, embriagándolo hasta extremos insospechados. Ansiaba probarla, gozar de su cuerpo, arrancarle la ropa y hundir la boca en cada centímetro de su piel pálida y delicada. Esa maldita sed insaciable... Apretó los dientes y los músculos de su mandíbula se tensaron dolorosamente. Era una sed tan intensa que incluso le hacía daño.

—Mira, Emily... —empezó a decir, preguntándose cómo delante explicarle su desliz.

—Por favor, no digas nada más. Lo comprendo. Supongo que... que la luna llena nos ha afectado a los dos.

—Sí... el plenilunio.

Era una explicación tan buena como cualquier otra para excusar su comportamiento reprochable. Sólo una locura momentánea podría haberle hecho perder el control de sí mismo. ¡Y encima con la hija remilgada de un rector!

La hija pequeña y remilgada de un rector que podría acabar convirtiéndose en su esposa si no andaba con cuidado. Tensó la mandíbula de nuevo mientras desviaba la mirada hacia la ventana. Sólo le pedía a Dios que esta vez no hubiera nadie en el jardín. Casarse con Emily Fairchild sería un verdadero desastre. Ella apenas lo conocía, y no podía albergar esperanzas de ser feliz con él. Se frustraría ante la perspectiva de tener que casarse a la fuerza. Con sus ojos rebosantes de inocencia, ella desearía más de él que lo que él podría darle. No transcurriría mucho tiempo antes de que se vieran enzarzados en la misma batalla desastrosa que había arruinado el matrimonio de sus padres y destruido la vida de su madre.

Unos recuerdos tormentosos empezaron a danzar delante de él, de su madre gritándole a la cara que él era la razón por la que ella no podía ser feliz, la razón de su miserable existencia, de que su vida fuera un infierno. Y a pesar de que hacía mucho tiempo que Jordan se había dado cuenta de que lo que realmente empujaba a su madre a decir esas barbaridades era el alcohol, también sabía que en cierta manera era verdad. Si no fuera por él...

Jordan suspiró asfixiado e intentó apartar ese dolor que le partía el alma. Quizá Emily reaccionaría de una forma diferente ante un matrimonio a la fuerza. Pero quizá no. Sólo deseaba que no tuviera que descubrirlo.

Además, aunque ella había aceptado sus besos con tan buena predisposición, no era más que una mujer adorable con una carita dulce y con unas ideas muy firmes sobre el decoro. Si se casaba con ella, no le quedaría más remedio que hacer el amor con las velas apagadas y pidiéndole permiso para poder ir al

club. Y cuanto más la deseara, peor. Antes preferiría pegarle un tiro a su maldita polla que enfrentarse a una vida con tales expectativas.

A pesar de todo, ella lo había defendido sin siquiera conocerlo. Ninguna mujer excepto Sara, su hermanastra, había hecho eso jamás. Muchas mujeres habían entrado en cólera por su culpa, habían cuchicheado sobre él y se habían hecho ilusiones acerca de su dinero y su título, de eso estaba seguro. Pero ninguna se había puesto de su parte.

—Lord Blackmore, ¿puedo hacerle una pregunta? —inquirió Emily tímidamente.

Su voz apocada lo exasperó. Así que había decidido retomar el trato distante y formal con él, ¿eh? Le parecía difícil de creer que apenas unos minutos antes ella hubiera susurrado su nombre con un tono afectuoso. Pero esa noche entera había transcurrido como un sueño, y ya era hora de que éste tocara a su fin.

—Pregunte lo que quiera.

Emily clavó los ojos en las manos, tensamente entrelazadas sobre la falda.

—Me ha dicho que... que prefería confraternizar con mujeres indecentes antes que con mujeres decentes. Y sin embargo ha bailado con lady Sophie.

Ella era demasiado educada para llamarle mentiroso, pero él sabía lo que estaba pensando.

—Lady Dryden me pidió que sacara a bailar a su amiga, y eso fue lo que hice. No soy tan grosero como para ignorar los deseos de mi anfitriona. Pero eso fue todo, se lo aseguro, a pesar de lo que haya alegado lord Nesfield. —Una sonrisa se perfiló en sus labios—. ¿Por qué? ¿Acaso está celosa?

La pregunta consiguió sulfurarla.

—¡En absoluto! No soy tan ingenua. Sé que soy... Sé que lo que ha pasado entre nosotros ha sido... meramente una aventura amorosa pasajera para usted. Nos movemos en unos círculos completamente diferentes. Si logro llegar a la fiesta sin ser descubierta, dudo que volvamos a vernos nunca más.

La cruda descripción de lo que él había estado pensando lo irritó sobremanera.

—Aún me quedaré aquí una semana más. Podríamos...

—¿Tener más encuentros escandalosos en su carruaje? Lo dudo. —Emily apartó la vista, y la luz fluida captó la serenidad de porcelana de su cara, una serenidad traicionada por los ojos que mostraban un torrente de emociones—. No creo que lograra sobrevivir a más encuentros de este tipo.

Ni él tampoco. Por Dios, si tenía una segunda oportunidad, probablemente se pondría en evidencia. Se negaba a perder la cabeza por una mujer, especialmente una joven tan gentil y especial como Emily Fairchild.

Pero el carruaje se aproximaba rápidamente a los jardines de nuevo, y Jordan notó un nudo de congoja en la garganta. ¡Cómo deseaba poder conocerla mejor! ¡Qué pena que eso fuera del todo imposible!

Los caballos aminoraban la marcha, y Emily oteó por la ventana.

—Gracias a Dios que se han ido —proclamó ella con evidentes muestras de alivio.

¿Acaso consideraba ella que la idea de verse obligada a casarse con él era tan ignominiosa? ¡Por supuesto! Ella pensaba que él era la clase de bribón capaz de flirtear con una joven, besarla sin sentir nada, y luego despedirse sin remordimientos.

Genial. Probablemente era mejor dejar que ella pensara así.

Jordan propinó unos golpecitos en el techo del carruaje y le ordenó al cochero que se detuviera. Luego volvió a recostarse en el asiento.

—Entraré yo primero. Si alguien me pregunta por usted, diré que no tengo ni idea de qué me están hablando. Espere aquí unos minutos, y luego aparezca caminando tranquilamente por los jardines como si hubiera pasado todo el tiempo paseando por sus alrededores. Con un poco de suerte, ni tan sólo tendremos que contar mentiras.

—Gracias —dijo Emily con un tono forzado. Luego movió la manija, abrió la puerta y se apeó del carruaje.

—Emily... —empezó a decir Jordan mientras la seguía a cierta distancia, deseando que se detuviera, aunque sabía que sus deseos carecían de sentido.

Ella se dio la vuelta y lo miró con expectación. Y entonces

Jordan no supo qué decir. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Qué era lo que ella deseaba de él? ¿Deseaba que actuara con suma precaución, o al revés, que le preguntara si podía pasar a visitar a su padre para anunciarle sus intenciones? Si eso era lo que quería, no lo obtendría. Tal y como ella le había dicho previamente, sólo se había tratado de un interludio. Y él no pensaba cambiar el desenlace final.

Cuando Jordan se mantuvo callado, Emily le respondió con una sonrisa triste.

—Muchas gracias por una velada tan encantadora, lord Blackmore. Nunca la olvidaré.

«Ni yo tampoco», pensó él mientras la veía avanzar por los jardines con paso presto y con una gracia innata en sus movimientos, como si tuviera prisa por alejarse de él, para perderse entre las sombras de la noche como Cenicienta después del baile.

Salvo por una horrorosa diferencia. Ella lo había dejado sin siquiera un zapatito de cristal con el que poder evocarla. Y no habría más ocasiones futuras para reunirse con ella. No, no tenían futuro.